



mediante la coalición con algunas fuerzas que podrían serles afines.

**Y** sin embargo, se diagnostica, después del debate, el vacío del poder, y cómo la dirección del país no tiene consistencia parlamentaria. La observación de los debates por la radio y la televisión ha permitido a muchos distantes del tema parlamentario juzgar algo que está pasando: que la realidad de la vida diaria del español es como es —y nadie duda que es mala y de que es cada vez peor— en razón de que el Gobierno está trabajando mal, está trabajando en contra de las realidades.

**A** L mismo tiempo que perdía credibilidad Suárez, se acrecentaba la figura de Felipe González. Es evidentemente cierto que si Suárez no es representativo del país en estos momentos, González lo es menos aún, a menos que fuera capaz de construir una nueva mayoría, que eso sólo saldría de una disolución de las Cortes y de unas nuevas elecciones, a las que, indudablemente, no se va por ahora. Esta es una manera de ver el debate: el Partido Socialista ha abierto una brecha y ha marcado unas tendencias para el futuro. Quizá para una nueva moción de censura, cuando los plazos pasen —hacia octubre—, quizá para unas nuevas elecciones generales, al final de la legislatura o antes, si se disuelven las Cortes. Se ve difícilmente cómo se va a llegar al final de la legislatura en estas condiciones.

**L** O peor que puede hacer Suárez es sostenerse en el inmovilismo, creer que puede seguir gobernando así, inclinándose cada vez más en el apoyo de la gran derecha y dejando perder la adhesión de quienes le votaron y le llevaron al poder. Estimar, como lo hicieron sus oradores, que no había pasado nada. La tentación lógica es ésta: utilizar los recursos extraparlamentarios. Ya lo va haciendo. En televisión van apareciendo ahora ministros que continúan el debate parlamentario por otros medios en los que no hay respuesta —como García Añoveros en el noticiario del sábado, respondiendo a las alusiones a la fiscalidad—; tratará de seguir acallando los medios de expresión, reprimiendo las protestas. Es evidente que por esas vías puede seguir gobernando, incluso indefinidamente. Pero ya no se tratará de la democracia, evidentemente. Será otra cosa. ■

LoS  
CoNteM  
poRa  
ñEoS

## POR DEBAJO DE TODA SOSPECHA

**L** A vocación del español por observar a los demás y reprobarnos viene, indudablemente, de algún vicio histórico. Tal vez de la larga época de la Inquisición, donde había "acechadores" —y "moscas"— que miraban continuamente y escuchaban para sorprender el delito. Más de uno ha sido quemado por una exclamación inoportuna, por algún gesto poco claro, sorprendido por un "acechador". De ahí viene una postura psicológica nacional inversa: la sensación de ser acechado, espiado. Y denunciado. Toda nuestra gran literatura dramática, desde el Siglo de Oro al juguete cómico, está repleta de gentes que escuchan detrás de las puertas, o escondidos en alacenas, o debajo de la cama. Y de otras que están pensando siempre en la posibilidad de que las sorprendan: los papeles pueden cambiar en un mismo personaje, acechador y acechado, alguacil alguacilado. Todo ello ha formado una sociedad reprimida, paranoica y, al mismo tiempo, hipócrita.

Hay una derecha que desempeña un gran papel en la sociedad hoy mismo. Se ha convertido en guardiana y vigilante; lo mismo escribe cartas a "ABC" que corta el pelo en una esquina a un muchacho hirsuto, o alza un paraguas contras unos novios que se besan. Hay una izquierda, también, acechadora. Pero mientras la derecha se dedica a espiar, denunciar o perseguir a sus adversarios —o a los adversarios de sus definiciones de costumbres—, la izquierda se persigue a sí misma. Riza el rizo de la paranoia. Observa el comportamiento de sus contemporáneos o correligionarios para ver dónde descubre una brecha de derechas. Denuncia su ambigüedad cuando cree encontrarla, busca "trampas", acusa comportamientos. Nadie está demasiado claro para ella, para sus paranoicos acechadores.

Viejo vicio nacional. Ha paralizado durante siglos el pensamiento libre, la conducta sincera, la evolución de las ideas y de los comportamientos. Lo estamos pagando. Lo vamos a seguir pagando durante mucho tiempo. Formamos una sociedad de suspicaces: sospechamos de todos y sospechamos que sospechen de nosotros. Hemos perdido la naturalidad. Actuamos en la vida como los malos actores en el teatro: envarados, tratando de recordar el texto que tenemos que decir, con la oreja puesta en el apuntador que hay entre cajas, mirando continuamente al público para ver qué cara pone y qué cosas murmura; envarados, tiesos, sin saber qué hacer con los brazos. Alisándonos los cabellos, quitando motas de la solapa —un gesto, por cierto, que los diputados de UCD repiten mucho en la tribuna—, preparando los gestos y las réplicas. Los gestos que hemos ensayado antes ante el espejo.

Actores; fingidores. Fingimos que vivimos cuando en realidad estamos imitando los gestos de la vida. Y atentos a cómo imitan la vida los demás. Engañando y engañados. ■

POZUELO